LA AVENTURA DE MI TÍO

Relato de un viajero

Washington Irving



LA AVENTURA DE MI TÍO
Relato de un viajero
Washington Irving

Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Hace muchos años, poco antes del estallido de la Revolución Francesa, mi tío pasó varios meses en París. Los ingleses y los franceses mantenían por aquel tiempo muy buenas relaciones, al contrario de lo que acontece ahora, y era habitual verlos juntos en las reuniones de sociedad. Los ingleses viajaban para gastarse el dinero a manos llenas y los franceses se mostraban la mar de complacidos con semejante actitud, prestándoles ayuda sin el menor inconveniente para que lo hicieran. Ahora, sin embargo, los ingleses suelen ir al extranjero, precisamente para ahorrar, cosa para la que ni por asomo precisan de la ayuda de los franceses. Puede que los ingleses que se decidían a viajar en aquel tiempo fueran menos numerosos y más nobles y distinguidos que los que lo hacen ahora, cuando Inglaterra parece estar llenando de gente Europa. En cualquier caso, lo cierto es que se relacionaban perfecta-mente con las sociedades foráneas, y mi tío, mientras vivió en París, hizo muchas y muy buenas y sólidas amistades, algunas de ellas íntimas, con gentes de la nobleza francesa.

Por aquellos tiempos de su periplo francés, cuando viajaba en invierno por esa parte de Normandía llamada el País de Caux, al comenzar a declinar un día vio las torrecillas de un viejo castillo, que se alzaban por sobre las copas de los árboles de su parque con jardín amurallado; cada una de aquellas torrecillas, con su alto tejado cónico de pizarra, semejaba una palmatoria a la que le hubieran puesto encima un apagavelas.

-¿A quién pertenece este castillo, amigo mío? -preguntó mi tío a un postillón flaco pero vigoroso que, calzando unas muy altas y llamativas botas de montar, y tocado con un sombrero de plumas, pateaba el suelo con furia para quitarse el frío.

-A mi señor, el marqués de... -dijo el postillón llevándose la mano derecha a su sombrero, a medias para saludar educadamente a mi tío, pero más que nada en señal de respeto al pronunciar el nombre de su señor.

Mi tío no pudo sino regocijarse, pues el marqués en cuestión había sido uno de sus grandes amigos de París y a menudo le cursó invitación para que lo visitara en el castillo de su padre, diciéndole que nada le placería más. Mi tío era un viejo y experto viajero que sabía aprovechar perfectamente las oportunidades que se le presentaban. Por unos momentos su imaginación se llenó de escenas en las que el viejo amigo se alegraba indescriptiblemente de verlo y le ofrecía los mejores aposentos del castillo, y lo invitaba, sobre todo, a probar las excelencias de su cocina, famosa en París, y el champán de exquisita calidad que tenía en sus bodegas, así como un borgoña no menos digno de mención. Mejor todo eso, por supuesto, que alojarse en un lóbrego hostal de ciudad provinciana. No mucho después el postillón restallaba su látigo con furia de demonio, o de francés, que viene a ser lo mismo, y emprendía la subida de la recta, pendiente, larga y estrecha avenida que llevaba hasta la entrada del castillo.

Todos ustedes, a buen seguro, habrán visto algún castillo francés, pues raro es que alguien no viaje a Francia en nuestros días... El castillo del que hablo era uno de los más antiguos del país y se alzaba desnudo y retirado en medio de una especie de desiertos arenosos y de frías terrazas de piedra; frío era también su jardín, no obstante estar bien cuidado, de setos cortados en ángulos y romboides; frío, igualmente, era el parque sin hojas en el suelo, dividido geométricamente en rectas alamedas en las que había un par de estatuas a las que se les habían caído las narices y varias fuentes de las que manaba un agua tan helada que con sólo tocarla te empezaban a castañetear los dientes de la tiritona que te entraba... O eso parecía, esa sensación se tenía con sólo ver las fuentes en aquel atardecer invernal en que mi tío lo visitó, aunque lo cierto es que, en el verano, el calor que se experimentaba en el mismo lugar resultaba, simplemente, abrasador, y cegadora su refulgencia, como para quemarte los ojos.

El restallar del látigo del postillón, más furioso a medida que se aproximaban a la

entrada del castillo, hizo que alzaran el vuelo, espantadas, un par de bandadas de palomas que abandonaban así su palomar como si se temieran lo peor, igual que una bandada de cuervos que se preparaban para dormir plácidamente en los tejados, y hasta una cuadrilla de criados del castillo, sin ir más lejos, con el marqués en persona a la cabeza. Naturalmente, se alegró muchísimo de ver a mi tío, pues sucastillo, al contrario de lo que acontece de común en las casas de los buenos anfitriones, no tenía por aquellos días muchos más huéspedes de los que se podrían acomodar en sus aposentos, aunque eran varios los invitados allí alojados. El marqués besó a mi tío en ambas mejillas, según la costumbre francesa, y lo condujo al interior de tan señorial mansión, lleno de sincero y expresivo gozo.

El marqués hizo los honores debidos a mi tío, los propios además de su casa y de su estirpe, con esa su educación tan francesa... En realidad, no era por otra cosa que por el orgullo que sentía de ser dueño de castillo semejante, el castillo familiar, que además en buena parte era de antigüe-dad incalculable. Por ejemplo, una torre y la capilla habían sido construidas en tiempos se puede decir que inmemoriales; el resto, empero, era de construcción más reciente y perfectamente datada, toda vez que el castillo quedó parcialmente destruido durante la guerra de la Liga[1]. El marqués, en cualquier caso, parecía albergar a este respecto un gran sentimiento de gratitud hacia Enrique IV, por haber considerado su mansión familiar digna de ser arrasada por sus tropas, lo que confería al castillo una importancia histórica evidente. Además tenía el marqués mil y una historias que contar a quien quisiera escucharle, acerca de las proezas guerreras de sus antepasados, y enseñaba con orgullo casquetes, yelmos, ballestas, espadas, botas de hierro y coletos usados por los de la Liga... Y muy especialmente un mandoble con el que apenas podía, pero del que hacía ostentación, un tanto agresiva, incluso, para demostrar que entre sus antepasados se contaba algún que otro gigante. Él, sin embargo, era un menguado descendiente de tan hercúleos guerreros; contemplando los rostros adustos, si no brutales, que exhibían sus ante-pasados en los retratos de la galería, y mirando después al marqués de flacas piernas y de cara enjuta, pálida, como chupada entre aquellos sus dos grandes bucles empolvados del pelucón, sus *aîles de pigeon*[2]*,* que parecían prestos a echarse a volar llevándosele la cara, era difícil creer que descendiera de aquella estirpe de guerreros. Aunque, al mirar sus ojos, brillantes como los de un insecto, como si le brotaran sobre las aletas de su nariz desmesuradamente aquilina, se tenía la impresión de que, en

efecto, sí había heredado de sus antepasados una gran fortaleza de carácter y acaso algo de su crueldad. Claro que, a decir verdad, el espíritu de un francés nunca desaparece, ni siquiera cuando su cuerpo mengua día tras día; por el contrario, se hace su espíritu más explosivo en tanto van mermando las partículas del cuerpo material que lo alberga.

Puedo asegurar que he visto en un enano francés el valor suficiente como para llenar el cuerpo de un gigante. Así, cuando en cierta ocasión el marqués se puso, como

[1] Alude Irving a la Liga de los francos formada en 1594 para resistir los ataques de Enrique IV de Inglaterra, tras la toma y destrucción de Guise y su castillo por parte de los ingleses.

[2] John Baliol (muerto en 1219), regente de Escocia. La de los Baliol, o Bailleul, fue una antigua familia de la Gran Bretaña, originaria de Normandía, que desempeñó un papel de relevancia en la historia de Escocia y de Irlanda durante los siglos XIII y XIV.

tanto le gustaba hacer, uno de aquellos antiguos yelmos que adornaban las paredes del vestíbulo, y aunque su cabeza no lo llenaba más de lo que lo hubiera llenado un guisante seco con su vaina y todo, los ojos le ardían, sin embargo, con el brillo de los carbunclos, y cuando blandía el imposible y enorme mandoble de sus antepasados, podía imaginarse quien lo viera al valiente y pequeño David empuñando la verísima espada de Goliat como si fuera la vara leve de un tejedor.

Sin embargo, caballeros, no quiero extenderme más en la descripción del marqués y su castillo, lo que les ruego me sea disculpado. Téngase en cuenta que, al fin y a la postre, era un gran amigo de mi tío, y siempre que refiere su historia lo hace con gran respeto y consideración, que no es sino trasunto de la gratitud sentida hacia quien fuera su generoso anfitrión por aquellos días... ¡Pobre marqués! Fue uno de los que perdieron la vida cuando la turba asaltó las Tullerías aquel triste y décimo día de agosto. Vendió, empero, cara su vida; como uno de los grandes caballeros de Francia, blandió su espada en defensa de sus reyes e hizo frente a los *sans-culottes* diciéndoles: «Vamos, aquí estoy, a ver cuán valientes sois de veras», hasta derramar la última gota de su sangre, cosa que ocurrió cuando un *poissarde* lo clavó contra la pared con su pica, como si fuera una mariposa, momento en el que, a buen seguro, su alma subió a los cielos llevada por las *aîles depigeon* de sus bucles empolvados.

Bueno, eso no tiene nada que ver con la historia que quiero relatar... Cundo llegó la hora de retirarse a descansar, condujo el marqués a mi tío hacia los aposentos que le destinaba, que estaban bajo una de aquellas impresionantes torrecillas de la parte más antigua del castillo... Unos aposentos, sin embargo, que en tiempos lejanos, de guerras *y* otros *y* terribles avatares, habían sido calabozos.

No era lo que entendemos por una habitación de lujo, aunque sírelativamente confortable, mejor que el cuartucho de cualquier posada; el marqués había decidido que mi tío durmiera en ella por considerarle un hombre de gusto lo suficientemente refinado como para apreciar dormir en un lugar lleno de historia, y también, que todo debe ser dicho, porque los aposentos realmente lujosos tenían ya huéspedes ocupándolos. No obstante, reconcilió pronto el marqués a mi tío con los aposentos que le destinaba, pues notó en él un cierto gesto de sorpresa y hasta de desagrado al verse allí, mencionando como de pasada el nombre de los grandes e históricos personajes que allí habían dormido, personajes que de una manera u otra formaban parte de su estirpe... Así, pues, y siempre según el marqués, allí habían hecho noche hasta John Baliol[3], o Jean de Bailleul, como decía él, y allí mismo murió de pena al saber del triunfo de su enconado rival, Robert de Bruce[4], en la batalla de Bannockburn. Y cuando añadió que el duque de Guise[5] había dormido también allí varias noches, mi tío, entonces sí, se vio obligado a

[3] Roberto I de Escocia, reconocido como tal por el rey Enrique III de Inglaterra tras el alzamiento escocés de 1322.

[4] Roberto I de Escocia, reconocido como tal por el rey Enrique III de Inglaterra tras el alzamiento escocés de 1322.

[5] Guise es un cantón del departamento de Aisne, distrito de Vervins. Posee un importante castillo casi triangular, construido a mediados del XVI por Claudio de Lorena. Guise se formó alrededor del castillo levantado en un picacho hacia comienzos del siglo XI, que fue destruido en el siglo XII por los condes de Flandes y de Henao, aunque pronta-mente quedó reconstruido. Fue una fortaleza importante, contra los ingleses, durante la Guerra de los Cien Años. La Casa de Guise se extinguió como ducado a mediados del siglo XIX. Evidentemente, Irving se basa en estos hechos históricos para urdir su cuento, aunque tomándose la licencia de eludir la cronología de los mismos. John Baliol, que murió en 1219, no pudo combatir contra Robert de

felicitarse en voz alta por ser honrado con unos aposentos de tanta distinción y nobleza.

La noche era fría y de mucho viento; los aposentos de mi tío, muy fríos. Un viejo criado, de larga cara y cuerpo igualmente largo, vestido de librea y puesto a su servicio por el marqués, echó un montón de leña en el hogar de la habitación, miró a su alrededor con ademán altivo y luego le deseó *bon repos,* con una mueca extraña, como de risa contenida, y encogiéndose de hombros... Algo que hubiera resultado extraño, una especie de burla, en cualquier otro criado... que no fuera francés, claro.

La habitación presentaba, desde luego, un aspecto harto desangelado, por no decir que desagradable; lo justo como para llenar de aprensión y hasta de angustia a cualquiera que guste de las novelas al uso de nuestros tiempos, y de aquel tiempo... Las ventanas eran altas y estrechas; aunque habían sido convenientemente ensanchadas, antaño, en tiempos de guerra, fueron saeteras de defensa; por lo demás, las contra-ventanas de madera crujían hasta el estremecimiento a poco que las batiera el viento. Cualquiera de ustedes, estoy seguro, en tal habitación y en una noche de tanto viento, habría imaginado que los de la Liga recorrían la estancia pateando con sus pesadas botas de hierro el piso de madera y entrechocando ruidosamente sus espuelas. Una puerta, imposible de cerrar a pesar de todos los esfuerzos que hiciera el invitado, daba a un largo y más que sombrío corredor, que llevaba sólo Dios sabía a qué otra parte del castillo, pero que parecía hecho a propósito para que los duendes y los fantasmas que pudieran habitarlo se explayaran allí a sus anchas después de abandonar sus tumbas por la noche. El viento, entrando violentamente en el corredor, se dejaba sentir con un rumor sordo que ponía el vello de punta, y hacía que la puerta imposible de cerrar se batiera de continuo, como si cualesquiera espíritus aún no hubieran resuelto el dilema que se les planteaba a su vista, que no era otro sino el de si entraban o no en la habitación. En una palabra, eran precisamente los tenebrosos aposentos que un fantasma, si habitara el castillo, escogería como el más grato lugar para dar rienda suelta a sus expansiones nocturnas.

Mi tío, sin embargo, aunque ya estaba muy curtido en el arte de afrontar tal o cual aventura, sin importarle la que fuese, no pensaba en ellas a esas horas. Intentó una vez más cerrar la puerta, pero fueron inútiles sus renovados esfuerzos por dominarla. No es que sintiera miedo, ni siquiera aprensión, pues no en vano era un viajero con la experiencia necesaria como para que no lo amedrentase el más sórdido aspecto o el misterio de una habitación cualquiera, pero recuérdese que la noche era cruda, fría *y* lluviosa, *y* que el ventarrón rugía sobre *y* contra la torrecilla en la que estaban sus aposentos como es de rigor que lo haga contra las antañones mansiones, y el aire que se dejaba sentir en el corredor llegaba húmedo y helado, como el que se siente en las mazmorras. Mi tío, empero, al comprobar de nuevo que era incapaz de cerrar la maldita puerta, arrojó más leña al fuego del hogar, que muy pronto crepitólanzando una larga llamarada en la amplia chimenea, que iluminó los aposentos hasta el último de sus rincones, a tal punto que la sombra de las tenacillas colgadas de la pared para remover el fuego pareciese la de un gigante de piernas inconmensurables. Trepó mi tío después como pudo para culminar aquella especie de montaña hecha con diez colchones, cosa tan propia de las camas francesas, en un rincón de lo que era propiamente dicho el dormitorio; después, tratando de ponerse todo lo cómodo que le fuera posible, y tapándose hasta la barbilla con el abrigo de la cama, se quedó mirando fijamente al fuego del hogar, pero sin dejar de prestar la máxima atención al ulular del viento... Así

Bruce, Roberto 1 de Escocia, en la batalla de Bannockburn, pues fue librada en 1322. Resulta difícil, por lo demás, que lo hiciera como fantasma.

y todo, trató de infundirse ánimos, diciéndose que en ningún otro sitio hubiera encontrado una cama cerca de tan buena chimenea, se felicitó por haber dado con su amigo el marqués... y se quedó al fin dormido, sin más.

No había llegado a la mitad del primer sueño cuando lo despertó el reloj del castillo, que estaba en la torrecilla sobre su cuarto. Daba las doce de la noche. Era un viejo reloj de esos que gustan sobremanera a los fantasmas. Tenía un sonido grave y tétrico; daba las horas con tal lentitud que mi tío pensó que no dejaría de sonar en toda la noche, sólo para dar las doce. Contó una tras otra, y al final le salieron, no doce, sino trece horas... Y el reloj no hizo más ruido.

Casi, para entonces, se había apagado el fuego en el hogar y el último rescoldo parecía a punto de expirar de un momento a otro, lanzando leves llamas azules que propiciaban no menos mortecinos resplandores y alguna sombra trémula. Mi tío seguía tumbado en su cama, con los ojos a medio cerrar y con el gorro de dormir calado casi hasta la nariz... Ahora divagaba en fantasías, mezclando aquella escena con el cráter del Vesubio, con la Ópera de París, con el Coliseo de Roma, con la Taberna de Dolly, en Londres, y con otros lugares de visita inexcusable que pueblan las mientes de un viajero con muchos periplos a sus espaldas... En resumen, y tal y como lo denotaban sus párpados cada vez más pesados, de nuevo se estaba quedando dormido.

De repente lo despertó un ruido de pasos que parecían lentos pero muy fuertes a lo largo del corredor. Mi tío, como en no pocas ocasiones le he oído decir, era hombre que no se amedrentaba por cualquier cosa, así que se quedó tranquilamente como estaba; imaginaba que no sería más que otro de los huéspedes del marqués, o algún criado que se retiraba a descansar. Pero los pasos se acercaron hasta la puerta, que se abrió

muy lentamente, chirriante; si ocurrió tal fenómeno porque alguien la empujó, o a impulsos de una ráfaga de viento más fuerte, es cosa que mi tío jamás pudo decir, aunque sí contar que una figura blanquísima entró casi inmediatamente después en sus aposentos. Era una mujer alta, espléndida, de porte noble y muy bella; su vestido blanco era antiguo, de mucho encaje y con larga cola... Aquella mujer avanzó lenta-mente hasta la chimenea, como si no reparase en la presencia de mi tío, o como si no le importara que estuviese; mi tío, sorprendido pero no aterrorizado, ni mucho menos, se quitó el gorro de dormir con una mano y se la quedó mirando embelesado. Estuvo un buen rato la mujer ante aquel pobre fuego que lanzaba leves llamaradas ahora blancas, además de azuladas, suficiente luz, no obstante, para que mi tío observara en toda su grandeza el aspecto decididamente fantasmagórico de aquella dama tan exquisita.

Su rostro era increíble, espantosamente pálido, ésa es la verdad; quizás contribuyera a darle tal aspecto, sin embargo, la débil luz azul del fuego a punto de morir en la chimenea. Era una mujer muy bella, eso resultaba indudable, pero de una belleza que se le hubiera marchitado a causa de los lamentos y de las preocupaciones incesantes; tenía, pues, todo el aspecto lacerante de una persona que hubiera tenido que acostumbrarse a sobrellevar el dolor, cualquiera que fuese, pero a la que, no obstante, el dolor, cualquiera que fuese, no había conseguido doblegar en su enorme dignidad... Había en ella, así, un aire de resolución orgullosa que se imponía a la sensación primera de abatimiento; ésa fue, por lo menos, la opinión que se formó mi tío, que se tenía por todo un magnífico fisiognomista.

La dama, como ya he dicho, permaneció en los aposentos dados a mi tío un buen rato, junto a la chimenea; acercaba al fuego escaso primero una mano y después la otra, siempre con mucha lentitud; después hacía lo mismo con los pies, ahora el derecho, después el izquierdo. Evidente-mente quería calentarse, lo que le lleva a uno a pensar que, se diga lo que se diga, también los espectros sienten el frío. Mi tío, y esto es algo en lo que hacía especial hincapié al narrar su historia, se dio cuenta entonces de que calzaba zapatos de salón, zapatos con tacón de aguja, siguiendo una moda ya obsoleta,

cruzados en el empeine con hebillas con diamantes engastados, falsos o verdaderos, daba lo mismo, pero que refulgían admirablemente, como si fueran lo único vivo en aquella figura.

Al fin el espectro se volvió lentamente, ya confortado; miró en derredor suyo con ojos opacos, una mirada que, entonces sí, heló a mi tío la sangre en sus venas, y aun la médula de los huesos... Alzó entonces los brazos al cielo, la pobre mujer; cruzó las manos, y retorciéndoselas sobre la cabeza, como si implorase con sumo dolor, salió de la habitación.

Mi tío no pudo sino meditar largo rato acerca de tan extraña visita, pues como me decía vivamente cuando me refirió la historia, aunque era hombre de carácter firme y probado valor, era al tiempo hombre dado a la reflexión profunda sobre las cosas, por lo que en principio ninguna rechazaba por muy ajena que fuera al curso habitual de la vida, a la lógica de los acontecimientos. Era también, ya lo he dicho, un viajero más que experimentado; y había vivido, también lo he dicho, extrañas aventuras aquí y allá... Así que no extrañe a nadie que tras un lapso para la necesaria reflexión, se calase de nuevo el gorro de dormir hasta las narices, girase en la cama hasta ponerse casi de espaldas a la puerta, más que de precavido costadillo, se abrigara bien con las ropas de la cama, tapándose hasta más arriba de los hombros, y no mucho después se vol-viera a quedar dormido plácidamente.

No sé, pues tampoco era capaz de decirlo él, cuánto tiempo llevaba dormido, cuando lo despertó un susurro junto a su lecho. Se volvió hacia el lado de donde le llegaba la voz que le llamaba y vio al viejo criado francés, con el rostro enjuto enmarcado por los bucles de su pelucón, un rostro de sonrisa forzadamente obsequiosa... Hizo mil muecas mientras le pedía por lo menos otros mil perdones por haberlo despertado, por molestar de tan mala manera a *monsieur...* Era muy entrada ya la mañana. Mi tío se vistió tan deprisa como le fue posible, mientras recordaba, aun-que vagamente, como si hubiera sido un sueño, la visita nocturna del espectro. Preguntó entonces al criado quién era la dama que tenía por costumbre recorrer aquella parte del castillo por las noches, pero el anciano sirviente se encogió de hombros subiéndolos casi de un golpe hasta su cabeza, se puso muy teatralmente la mano derecha en el pecho, y mostrando la izquierda abierta y con los dedos extendidos, y con la palma hacia arriba, hizo el gesto de inopia más cómico que verse pudiera, aun-que él estaba convencido de su mucha seriedad y educación, al tiempo que decía que no eran de su incumbencia *«les bonnes fortunes* que tuviera *monsieur* por la noche». Supo mi tío, pues, que nada en claro podría sacar de aquel hombre, por lo que no le hizo ninguna pregunta más.

Después del desayuno, que fue abundante, sabroso y reparador, paseaba mi tío junto al marqués por la parte más moderna del castillo, deslizándose como sobre la seda por aquellos bien encerados pisos de madera de los amplios salones, entre riquísimos muebles preñados de dorados y de brocados, hasta que dieron a una larga galería en cuyas paredes colgaban muchos retratos, unos al óleo y otros al pastel.

Aquello, como es natural, no podía sino alentar la elocuente facundia del anfitrión, que era un clásico aristócrata del *anden régime...* En toda Normandía no había un hombre importante, y cabe decir que incluso en toda Francia, que de una forma u otra no perteneciera a su noble casa. Mi tío lo escuchaba en silencio, impaciente, sin embargo, unas veces descansando el peso de su cuerpo sobre una pierna, otras veces sobre la otra, mientras el marqués bajito ponderaba, con su habitual viveza, por no decir que con su proverbial entusiasmo, las hazañas de sus antepasados, cuyos retratos tenía colgados en la amplia galería. Ni una aventura de las gentes de su estirpe, galante o guerrera, le ahorró a mi tío. Así, desde las gestas marciales de los envarados guerreros de acero, hasta las historias de amor y galanterías varias de aquellos caballeros de ojos azules y expresión un tanto melancólica, sonriente, con sus bucles empolvados todos

Librodot

ellos, con sus casacas y calzones de seda rosa o azul, todo, sin dejarse nada en el tintero de la lengua, se lo contó el marqués a mi tío, sin olvidarse siquiera de las conquistas que tales nobles hicieran de encantadoras pastorcillas de faldas amplias y huecas y de talles no más anchos que el de un reloj de arena, que reinaban sobre sus rebaños y sobre sus zagales con finos cayados adornados con largas cintas de colores.

En medio de aquella larga y entusiástica perorata que le largaba su buen amigo el marqués, mi tío se admiró especialmente ante un retrato de tamaño natural que le pareció la verísima imagen de la mujer espectral que lo había visitado en sus aposentos la noche anterior.

—Creo -dijo mi tío entonces- que he visto el original de ese retrato.

—*Pardonnez-moi* -le respondió el marqués educadamente-, pero eso no puede ser... Esa dama murió hace más de cien años. Era la muy bella duquesa de Longueville, que vivió sus días más gloriosos durante la menor edad de Luis XIV.

Nunca, a buen seguro, se pudo decir cosa tan insensata como la de mi tío. El marqués adoptó de inmediato la actitud del hombre dispuestoa hacer una muy larga narración. Y así, en efecto, le cayó encima a mi tío la historia completa de la guerra civil de la Fronda[6], durante la cual la bella duquesa de Longueville había representado un muy distinguido papel[7]... Turenne[8], Coligny[9], Mazarin[10]... fueron exhumados por el marqués al instante para avalar los hechos narrados, entre los que se contaban, naturalmente, los referidos a los días de las barricadas y a las hazañas en Port Cochére. Mi tío comenzaba a sentir unas irresistibles ganas de poner más de mil leguas de distancia entre el marqués y él, o entre él y la implacable narración del marqués, cuando de golpe los recuerdos del marqués bajito tomaron un giro mucho más interesante.

Estaba el marqués relatando los pormenores de la prisión que sufrieran el duque

---

[6] Se conocen como Guerras de las Frondas las contiendas civiles que se libraron en Francia de 1648 a 1653, durante la menor edad de Luis XIV y bajo la regencia de Ana de Austria, que tenía como consejero áulico al temible cardenal Mazarino y era contestada por buena parte de la nobleza *y* la gran mayoría del pueblo *y* los parlamentarios.

[7] En efecto, la duquesa de Longueville fue una dama intrigante de aquel periodo, junto a las también duquesas de Montbazon y de Montpensier. Fue violada por uno de los caballeros de su Casa, que después la asesinó mediante estrangulamiento, despechado tras rechazar ella su declaración amorosa. Ahí radica el *suspense* con que Irving envuelve su relato, dando estos hechos por sobreentendidos.

[8] Henri de La Tour d'Auvergne, vizconde de Turenne (1611-1675), mariscal de Francia y uno de los militares más fieles a Luis XIV. Antes había capitaneado varios levantamientos contra Ana de Austria.

[9] Gaspard II, Seigneur de Coligny (1519-1572), jefe máximo de los hugonotes durante las Guerras de Religión, de 1562 a 1598

[10] Jules Mazarin, el cardenal Mazarino, o Giulio Raimondo Mazzarino, dado que era napolitano de nacimiento (1602-1661), consejero de Ana de Austria y después primer ministro de Francia tras la muerte del cardenal Richelieu en 1642. En los primeros años del reinado de Luis XIV continuó la obra iniciada por Richelieu, tendente a convertir a Francia en la mayor potencia europea y a reprimir duramente en el interior cualquier oposición a la monarquía, por leve que fuese. Se había educado en la Universidad de Alcalá de Henares, entre otras.

de Longueville y los príncipes de Condé y de Conti[11] en el castillo de Vincennes, y los infructuosos esfuerzos de la duquesa de Longueville para levantar en armas a los tercos normandos a fin de que lucharan por su libertad, cuando llegó en su relato a la parte en que la duquesa era sitiada por las tropas reales en el castillo de Dieppe.

-El ánimo de la duquesa -decía el marqués- se enardecía con los sufrimientos. Era admirable, según cuentan las crónicas de aquel tiempo, ver a una mujer tan bella y delicada luchar decididamente

contra todas las vejaciones que sufría, contra todas las privaciones que padecía. Pensó entonces en un desesperado recurso para escapar... Conocéis bien el castillo en el que se hallaba recluida... Un edificio en ruinas sobre la cima de una colina que domina la pobre población de Dieppe... Bien, pues una noche oscura y tempestuosa salió la duquesa de Longueville secretamente por una de las poternas del castillo, cuya vigilancia habían descuidado sus captores. Esa poterna aún está en pie; da a un puente muy estrecho sobre un foso profundo entre el castillo y la cima de la colina. La seguían sus doncellas, un puñado de criados y varios caballeros que aún le eran fieles... No intentaba sino alcanzar un puerto distante unas dos leguas de allí, donde la duquesa había preparado secretamente que un buque la aguardara para huir.

Resultó, según el relato hecho por el marqués a mi tío, que el grupo de fugitivos tuvo que recorrer a pie aquella distancia por no poder contar con caballos. Cuando llegaron al puerto se desencadenó una fuerte tormenta que agitó la mar terriblemente; el buque se hallaba anclado lejos de la rada y no había otro modo de alcanzarlo que tomar una barca de pescadores a la que la marejada agitaba como si fuera un cascarón. La duquesa, valiente, decidió abordarla, a pesar de los esfuerzos que hicieron todos, incluidos unos pescadores que allí había, por disuadirla de tamaña locura. Mas la inminencia del peligro de muerte que corría, y la valentía de que siempre había hecho gala aquella mujer impar, no hicieron otra cosa que animarla en tan incierta empresa. Un pescador la tomó en sus brazos para subirla a la barca, pero era tal la violencia del ventarrón entonces, que el hombre perdió el equilibrio, no pudo rehacerse y dejó caer su preciosa carga al mar, entre las olas terribles que rompían contra el frágil embarcadero.

La duquesa estuvo a punto de perecer ahogada, mas, gracias a los denodados esfuerzos que hizo para salvarse, de una parte, y de otra merced a la ayuda de los pescadores y sus propios caballeros, que le echaron un cable, logró tocar tierra. Apenas se hubo repuesto, insistió; sin embargo, la tormenta era ya clara tempestad, violentísima, por lo demás, y hacía vanos todos los esfuerzos; demorarse, por otra parte, significaba ser descubierta en breve y tomada prisionera de nuevo, aunque ahora para ser llevada en breve al cadalso. Allí en el puerto, y como no había forma alguna de abordar la barca de los pescadores, se hicieron con caballos. Montaron la duquesa y las damas a la grupa de los caballosde sus caballeros y batieron los campos cercanos en busca de un refugio en el que guarecerse hasta que la mar quedara en calma.

— Mientras la duquesa -prosiguió el marqués, poniendo su dedo índice sobre el pecho de mi tío para excitar de nuevo su atención, pues comenzaba a flaquearle-, mientras la duquesa, decía, ¡pobre mujer!, sorteaba la tempestad de modo tan triste y angustioso, llegó a este castillo en el que estamos... Aquello, naturalmente, causó cierta inquietud en quienes entonces moraban en él, pues el tropel de caballos y el ruido de espadas y de espuelas no solía presagiar nada bueno en aquellos tiempos... Uno de los caballeros de la duquesa, un militar alto y muy fuerte, armado hasta los dientes, avanzó al galope y anunció el nombre de la que llegaba. Todos los moradores

[11] El príncipe Conti fue uno de los que se alzó en armas, apoyado por los parlamentaristas, contra Ana de Austria y Mazarino, al igual que buena parte de la nobleza y el pueblo.

de este castillo se tranquilizaron, y hasta se entusiasmaron con la visita, al oírlo. La servidumbre salió a recibir con hachones encendidos a la duquesa; nunca hubo, a buen seguro, viajeros tan destrozados como bien recibidos en parte alguna... La pobre duquesa, sus doncellas, cada una a la grupa de la montura de un caballero, mostraban una palidez extrema, una demacración terrible. Traían los vestidos hechos jirones, mientras los pajes y los criados, empapados hasta los huesos y medio desnudos por lo destrozados que llevaban sus ternos, parecían a punto de caerse al suelo debido a la enorme fatiga que sufrían.

Siguió contando el marqués que la duquesa fue recibida por su ante-pasado correspondiente, que le dio una muy cordial bienvenida y la condujo al vestíbulo del castillo. Pronto chisporroteó un fuego grato y abundante en la chimenea, que pareció confortar a la dama y a su séquito, y muy pronto, igualmente, tuvieron a su disposición cacerolas, asadores y pucheros bien repletos para saciar el hambre.

— La duquesa, claro está, tenía todo el derecho a nuestra hospitalidad -prosiguió el marqués bajito, alzándose ahora majestuosamente sobre las punteras de sus zapatos-, porque estaba emparentada con nuestra casa... Os lo explicaré... Su padre era Enrique de Borbón, príncipe de Condé...

— ¿Pero pasó o no la duquesa aquella noche en el castillo? -lo interrumpió abruptamente mi tío, aterrado ante la sola idea de verse envuelto en una suerte de narración genealógica, para la cual parecía prepararse el marqués.

-¡Oh! -exclamó el marqués, sorprendido-. Bien, en cuanto a la duquesa se refiere, fue alojada en la misma habitación que ocupasteis la noche anterior, que en aquel tiempo era una cámara que se ofrecía a los personajes de mayor importancia... Su séquito fue alojado en las habitaciones que dan al corredor, y su paje favorito durmió en un gabinete contiguo al de la duquesa. El fornido caballero que había anunciado su llegada, y que era el guerrero más diestro del séquito, pasó la noche en vela haciendo guardia en el corredor. Era un hombre sombrío, sin embargo, y más bien rígido y violento; cuando la luz de la palmatoria que alumbraba el corredor caía sobre su rostro de facciones temibles, daba la impresión de que hubiera sido capaz él solo de defender el castillo del asedio de una tropa cualquiera... La noche, como ya he dicho, era harto desapacible... Por esta misma época del año... ¡Por cierto! Ahora reparo en ello... Anoche se cumplió el aniversario de aquella estancia de la duquesa de Longueville en mi casa... Puedo recordarlo porque fue una fecha extraordinaria para toda mi estirpe. Hay una tradición muy singular en mi casa, desde entonces...

Vaciló el marqués, como si sus cejas se poblaran de nubes.

— Esa tradición -continuó-; bien, aquel extraño suceso se produjo tal

noche... Bueno, fue un suceso extraño, misterioso, inexplicable... Hizo una larga pausa.

— ¿Os seguís refiriendo a la duquesa? -preguntó mi tío, alarmado entonces ante su pausa.

— Era ya pasada la medianoche -siguió diciendo el marqués- cuando todo el castillo...

Hizo otra pausa. Mi tío abrió sus manos y extendió hacia él sus brazos, como rogándole que siguiera.

-Perdonadme -se excusó el marqués, ruborizándose entonces-, pero hay algunas circunstancias relacionadas con la historia de mi familia que no me agrada contar... Fueron tiempos muy duros... Una época de grandes hombres, pero ya sabéis que la sangre noble, cuando corre sin razón, no lo hace mansamente como la de la plebe... ¡Pobre duquesa! El orgullo familiar me impide... Perdonadme, os lo ruego... Hablemos de otra cosa, si os parece.

Aquello no hizo más que excitar sobremanera la curiosidad de mi tío, como era de lógica. La pomposa y magnífica introducción que hiciera el marqués bajito le había

llevado a esperar algo realmente admirable de su relato y no estaba dispuesto, por ello, a quedar privado delfin de la historia, por un súbito arranque de pudor del marqués... Al fin y al cabo no era mi tío más que un viajero ávido de información y de historias con las que enriquecer su ya más que largo anecdotario, por lo que consideró un deber primordial inquirir hasta sus últimas consecuencias, aun a riesgo de su amistad con el marqués bajito.

Fue en vano. El marqués se negó a seguir. Incluso a contestar varias de las preguntas que le hizo mi tío.

-Bueno -dijo mi tío al cabo, algo más que sardónico, incluso haciendo gala de cierta petulancia-; podéis pensar lo que os venga en gana, pero yo puedo asegurar ante quien sea que he visto a esa dama...

El marqués dio un par de pasos atrás *y* lo miró sorprendido *y* aterrado.

— La duquesa me visitó anoche en mis aposentos -dijo mi tío.

El marqués, rehecho de la impresión primera, sacó entonces su cajita de rapé, encogiéndose de hombros y sonriendo, como si tomara lo que le acababa de decir mi tío por una desagradable muestra de humor inglés, y no sin fingida cortesía pidió a mi tío que le contara por favor tan interesante aventura.

Mi tío aceptó el reto y con una seriedad completa le refirió la aparición de la dama en todos y cada uno de sus detalles. El marqués no pudo evitar interesarse en aquel relato, que escuchaba cada vez más serio, ida ya su sonrisa incrédula de antes, con la cajita de rapé en la mano, aún sin abrir.

Al fin, cuando concluyó mi tío su relato, el marqués abrió la cajita y se puso en las narices una buena cantidad de rapé.

-¡Bah! -exclamó el marqués luego, encogiéndose de hombros otra vez mientras daba la espalda a mi tío para dirigirse al extremo de la galería.

Aquí cesó en su relato quien contaba aquella historia; los reunidos aguardaban la continuación, pero el narrador seguía en silencio.

-Bien -dijo uno de esos caballeros que siempre tienen alguna pregunta que hacer-, ¿qué dijo su tío entonces?

-Nada -contestó el narrador.

-¿Y el marqués tampoco dijo nada más?

-Nada.

-¿Y eso es todo?

-Sí, eso es todo -admitió el narrador mientras echaba más vino en su copa.

-Supongo -dijo un anciano caballero al que la nariz al hablar se le movía hacia los lados- que el espectro de esa historia no era, en realidad, sino el cuerpo verdadero de la guardesa del castillo, que iba de habitación en habitación por ver si faltaba algo a los huéspedes...

-¡Bah! -replicó el narrador-. Mi tío era un hombre capaz de distinguir perfectamente un espectro de una guardesa, era un hombre que había visto mucho mundo...

Se alzó un murmullo en la mesa, mezcla de burla y decepción con algo de algarabía jovial. Por mi parte, creo que aquel anciano que relató la historia se guardaba en realidad lo más interesante de la misma; había en su rostro demacrado una singular expresión que me hizo dudar de si había hablado en broma o en serio.